

—
ES PROPIEDAD
—

Imprenta de A. Pérez Dubrull: Flor Baja, 22.



LA SANTA DE KARNAR

—
(MILAGRO.)

I.

DE niña—me dijo la anciana señora, tal vez con distintas palabras de lo que voy á referirlo—era yo muy poquita cosa, muy delicada, delgada, tan paliducha y tan consumida, que daba pena mirarme. Como esas plantas que vegetan ahiladas y raquíticas, faltas de sol ó de aire, ó de las dos cosas á la vez, yo me consumía en la húmeda atmósfera de Compostela, sin que sirviesen para mejorar mi estado las recetas y potingues de los dos ó tres facultativos que visitaban nuestra casa por amistad y costumbre, más que por ejercicio de la profesión. Era uno de ellos,—ya ve V. si soy vieja,—nada me-

nos que el famosísimo Lazcano, de reputación europea, en opinión de sus conciudadanos los santiaguenses; cirujano ilustre, de quien se contaba, entre otras rarezas, que sabía resolver los alumbramientos difíciles con un puntapié en los riñones, y que se hizo más célebre todavía que por estas cosas, por haber persistido en el uso de la coleta, cuando ya no la gastaba alma viviente.

Aquel buen señor me había tomado cierto cariño, como de abuelo; decía que yo era muy lista, y que hasta sería bonita cuando me robusteciese y echase—son sus palabras—la morriña fuera; me pronosticaba larga vida y magnífica salud, y á los afanosos interrogatorios de mamá respecto á mis males, respondía con un temblorcillo de cabeza y un capirotazo á los polvos de rapé detenidos en la chorrera rizada: «No hay que apurarse. La naturaleza que trabaja, señora.»

¡Ay si trabajaba! Trabajaba furiosamente la maldita. Lloreras, pasiones de ánimo, ataques de nervios (entonces aún

no se llamaban así), jaquecas inconsolables, y, por último, un desgano tan completo, que no podía atravesar bocado, y á los doce años me quedaba como un hilo, postrada de puro débil, resistiéndome primero á jugar con las niñas de mi edad, luego á salir, luego á moverme hasta dentro de casa, y, por último, á levantarme de la cama, donde ya me sujetaba la tenaz calentura.

Mi madre, al cabo, se alarmó seriamente. La cosa iba de veras, tan de veras que los dos médicos más amigos, después de examinarme con detención, arrugaban la frente, fruncían la boca, y celebraban su misteriosa conferencia, de la cual—lo supe mucho después—salía yo en toda regla desahuciada. Oíanse, en la salita contigua á mi alcoba, el hipo y los sollozos de mamá, la aflicción de mi hermana mayor, los cuchicheos del servicio, las entradas y salidas de amigos oficiosos, todo lo que entreoye desde la cama un enfermo grave; y á poco me resonaban en el cerebro las conocidas pisadas de Laz-

cano, que medía el paso igual que un recluta, y entraba mandando, en tono gruñón, que se abriesen las ventanas, y no estuviese la chiquilla «á obscuras como en un duelo». Habiéndome tomado el pulso, mandado sacar la lengua, apoyado la palma en la frente para ver el calor, y preguntado á mi enfermera ciertos detalles y síntomas, el viejo sonrió, se encogió de hombros, y dijo, amenazándome con la mano derecha:

—Lo que necesita la rapaza es una docena de azotes..., y aldea, y leche de vaca... y se acabó.

—¡Aldea en el mes de Enero! (clamó espantada mi hermana.) ¡Jesús, en tiempo de lobos!

—Pregúntele V. á los árboles si en invierno se encierran en las casas para volver al campo en primavera. Pues madamiselita, fuera el alma, árboles somos. Aldea, aldea, y no me repliquen.

Á pesar del terror de mi hermanita (que tenía en Santiago su dolor de cabeza, y por eso se horrorizaba tanto de los lo-

bos), mamá se agarró á la esperanza que le daba Lazcano, y resolvió inmediatamente la jornada. Por casualidad nuestras rentitas de la montaña andaban á tres menos cuartillo: el mayordomo, prevalido de que éramos mujeres, y seguro de que no aportábamos por lugar tan salvaje, hacía de nuestro modesto patrimonio mangas y capirotos, enviándonos cada año más mermado su producto. El viaje, al mismo tiempo que salud, podía rendir utilidad.

El día señalado me bajaron hasta el portal en una silla; estaba enganchado ya el coche de colleras que nos llevaría hasta donde nos aguardasen el mayordomo y los caseros con las cabalgaduras, para internarnos en la montaña. Yo iba medio muerta; apenas entreabrí los ojos al oír las exclamaciones de horror que arrancó á mi hermana y á mi madre la cabeza de un faccioso, clavada en alto poste á orillas del camino real. Cuando encontramos á nuestros montañeses, faltaban dos horas para la del anochecer, que en aquella es-

tación del año era á las cinco de la tarde; y los aldeanos, no sé si por inocentada ó por malicia, porfiaron en encargarnos que nos diésemos toda la prisa posible á descargar el equipaje y montar, porque la noche se echaba encima, la casa estaba lejos, y andaban por el monte á bandadas los lobos y á docenas los salteadores. Mi hermana y mi madre, casi llorando de miedo, se encaramaron como Dios les dió á entender sobre el aparejo de los jacos; á mí me envolvieron en una manta, y un robusto mocetón, que montaba una mula burreña mansa y lucida, me colocó delante, como un fardo, y en tal disposición emprendimos la caminata. Por supuesto que no divisamos ni la sombra de un ladrón ni el hocico de un lobo; en cambio, las pobres señoras pensaron cien veces apearse por el rabo ó las orejas, según caían las cuestas arriba ó abajo del endiablado camino; y al verse en la cocina del viejo caserón, frente al humeante fuego de *queiroas* y rama de roble casi verde, oyendo hervir en la panza del

pote el caldo de berza y harina, les pareció que estaban en la gloria.

Yo no le quiero decir á Vds. las privaciones que allí se pasaron. La casa solariega de los Aldeiros, mis antepasados, encontrábase en tal estado de vetustez, que por las rendijas del techo entraban los pájaros y veíamos amanecer perfectamente; no había un vidrio; el piso cimbreaba, y los tablones bailaban la polka; el frío era tan crudo, que sólo podíamos vivir arrimadas á la piedra del lar, acurrucadas en los bancos de ennegrecido roble, y extendiendo las amoratadas manos hacia la llama viva. Ahora, que tengo años y he visto tantas cosas en el mundo, comprendo que á aquel cuadro de la cocina montañesa no le faltaba su gracia, y que un pintor ó un poeta sabrían sacar partido de él. Las paredes estaban como barnizadas por el humo, y sobre su fondo se destacaban bien las cacerolas y calderos y el vidriado del grosero barro en que comíamos. La artesa, bruñida á fuerza de haberse amasado encima el pan de

brona, sufría siempre una carga de espigas de maíz mezcladas con habas, cuencos de leche, cedazos y harneros. Más allá la herrada del agua, y, colgada de la pared, la escopeta del mayordomo, gran cazador de perdices. Bajo la profunda campana de la chimenea se apiñaban los bancos, y allí, unidos, pero no confundidos, nos agrupábamos amos y servidores. Por respeto nos habían cedido el banco menos paticojo, estrecho y vetusto, colocado en el puesto de honor, ó sea contra el fondo de la chimenea, al abrigo del viento y donde más calentaban los tizones; por lo cual el mastín y el gato, amigos á pesar del refrán, se enroscaban y apelonaban á nuestros pies. Formando ángulo con el nuestro, había otro largo banco, destinado á la mayordoma, su madre, su hijo mayor (el que me había traído á mí al arzón de su montura), el gañán, la criada, y algún vecino que viniese á parrafear de noche. Por el suelo rodaban varios chiquillos, excepto el de pecho, que la mayordoma tenía siempre

en brazos. Y en una viejísima poltrona, el mayordomo, el cabeza de familia, permanecía silencioso, entretenido en picar con la uña un cigarro ó limpiar y bruñir por centésima vez el cañón de la escopeta.

Yo seguía malita, sin comer apenas, sin poder andar, temblando de frío y de fiebre; pero antes me matarían que renunciar á la tertulia. Mi imaginación de niña se recreaba con aquel espectáculo más que se recrearía en bailes ó saraos de la corte. Allí era yo alguien, un personaje, y el centro de todas las atenciones y el asunto de todos los diálogos. Un chiquillo me traía el pajarillo muerto por la mañana en el soto; otro asaba en el rescoldo castañas para obsequiarme; la mayordoma sacaba del seno el huevo de gallina recién puesto, y me lo ofrecía; los más pequeños me brindaban tortas de maíz, acabadas de salir del horno, ó me enseñaban una lagartija aterida de frío, que, al calorcillo de la llama, recobraba toda su viveza. ¡Ay! ¡cuánto sentía yo no tener

vigor, fuerzas ni ánimo para corretear con aquellos salvajillos por las heredades, sobre la tierra endurecida por la escarcha! ¡Quién pudiera echar del cuerpo el mal y volverse aldeanito!

Después de los chiquillos, lo que me llamó la atención fué la madre de la mayordoma. Era una vieja que podía servir de modelo á un escultor por la energía de sus facciones, al parecer modeladas en granito. El diseño de su fisonomía le prestaba parecido con un águila, y la fijeza pavorosa de sus ojos (hacía muchos años que se había quedado ciega) contribuía á la solemnidad y majestad de su figura y á que cuanto salía de sus labios adquiriese — en mi fantasía exaltada por la enfermedad — doble realce. Tenía la ciega ese instinto maravilloso que parece desarrollarse en los demás sentidos cuando falta el de la vista: sin lazarillo, derecha y casi sin palpar con las manos, iba y venía por toda la casa, la huerta y las tierras; distinguía á los terneros y bueyes por el mugido, y á las personas creo que por el olor.

De noche, en la tertulia de la chimenea, hablaba poco, y siempre con gravedad y en tono semiprofético: si guardaba silencio, no estaban nunca ociosas sus manos: hilaba lentamente, y en torno de ella el huso de boj, como un péndulo, oscilaba en el aire.

Mire V. si ha pasado tiempo... y me acuerdo todavía de bastantes dichos de aquella vieja. El eco de su voz cuando guiaba el Rosario no se me olvidará mientras viva. Nunca he oído rezar así, con aquel tono, el de quien ruega que le perdonen la vida ó le den algo que ha menester para no morir en el acto. Justamente el Rosario, como V. sabe, acostumbra rezarse medio durmiendo, de carretilla; pero la ciega, al decir las oraciones, revelaba un alma y un fuego, que hacían llenarse de lágrimas los ojos. Al concluir el Rosario y empezar la retahíla de Padre nuestros, me cogía de la mano, con fuerza sobrehumana, me obligaba, venciendo mi extenuación y debilidad, á arrodillarme á su lado, y con acento de

súplica ardentísima, casi colérica, exclamaba:

—Á Jesucristo nuestro Señor y á la Santa de Karnar, para que se digne sanar luego á la señoritiña! Padre nuestro...

Hoy no sé si me río.... Afirmo á V. que no me reía entonces; al contrario: me penetraba una especie de respeto, y creía á pies juntillas que iba á mejorar por la virtud de aquella plegaria.

Una noche se le ocurrió á mi hermana, por distraer el aburrimiento, charlar largo y tendido con la ciega, ó, mejor dicho, sacarle con cuchara la conversación, pues de su laconismo no podía esperarse más. Hablaron de cosas sobrenaturales y de milagros. Y entre varias preguntas relativas á *trasnos*, brujas, almas del otro mundo y *hueste* ó compañía, salió también esta:

—Señora María, ¿qué Santa es esa de Karnar á quien V. le reza al concluir el Rosario? ¿Es alguna imagen? Porque Karnar creo que dista poco de aquí, y tendrá su iglesia con sus efigies.

—Imagen..., la parece,—respondió la ciega en tono enfático.

—Pero, ¿qué es en realidad?

—Es imagen, sólo que de carne, dispensando Vds.; y si la señoritiña quiere sanar, vaya allí. La salud la da Dios del cielo. Sin Dios del cielo, los médicos son....

Y para recalcar la frase no concluida, la ciega se volvió y escupió en el suelo despreciativamente.

Mal satisfecha la curiosidad de mi hermana con tan incompleta explicación, y viendo que á la vieja no se le sacaba acerca del asunto otra palabra, nos dirigimos á la mayordoma, obteniendo cuantos pormenores deseábamos. Averiguamos que Karnar es una feligresía en el corazón de la montaña, cuatro leguas más allá de nuestra casita de Aldeiro. Después me han dicho algunos amigos ilustrados que el nombre de esa aldeita es notable, y, como todos los que principian en *Karn*, de puro origen céltico. Allí, pero no en la iglesia, sino en su casa,

no en el cielo y en los altares, sino viva y respirando, es donde estaba la *Santa*, única que, según la ciega, podía realizar mi curación.

—¿Y por qué le llaman Vds. santa á esa mujer?—preguntó mi madre con el secreto afán del que entrevé una esperanza, por remota y absurda que sea.

—¡Ay señora mi ama! (protestó la mayordoma escandalizada, como quien oye una herejía de marca mayor.) ¿Y no ha de ser santa? Más santa no la tiene Dios en la gloria. Mire si será santa, que su cuerpo es ya como el de los ángeles del cielo. Verá qué pasmo. Ni prueba comida ni bebida. En quince años no ha entrado en ella más que la divina hostia de Nuestro Señor, todas las semanas. Y poner ella las manos en una persona, y aunque se esté muriendo levantarse y echar á correr..., eso lo estamos viendo todos los días, así Dios me salve.

—¿Vds. vieron curar á alguien?—insistió mamá.

—Sí, señora, mi ama, vimos..., alaba-

do el bendito Dios!... Por San Juan, ha de saber que la vaca roja se nos puso á morir..., hinchada, hinchada como un odre, de una cosa mala que comió en el pasto, que sería una *salamántiga* ó no sé qué bicho venenoso..., y como teníamos el cabo del cirio que le encendíamos á la Santa, lo encendimos otra vez..., y encenderlo y empezar la Roja á deshinchar y á soltar la malicia, y á beber y á pastar como antes...

Mi hermana se desternilló de risa con la curación de la Roja. Pero de allí á dos días yo tuve un síncope tan prolongado, que mi madre, al verme fría y sin respiración, me contó difunta. Y cuando volví en mí, cubriéndome de caricias y de lágrimas, me susurró al oído:

—No le digas nada á tu hermana. Silencio. Mañana te llevo á la Santa de Karnar.

II

Fué preciso hacer uso de iguales medios de locomoción que la primera vez.

Empericotada sobre el albardón del jamelgo mi madre; yo al arzón del hijo del mayordomo, y dándonos escolta, armada de hoces, bisarmas, palos y escopetas, nuestra mesnada de caseros. Cuando íbamos saliendo ya de los términos de la aldea, internándonos en una trocha que faldeaba el riachuelo y se dirigía al desfiladero ó garganta por donde empezaba la subida á los castros de Karnar, vimos alzarse ante nosotros enhiesta y majestuosa figura: la ciega. Fué grande nuestro asombro cuando dijo que quería acompañarnos, recorriendo á pie las cuatro leguas de distancia. De nada sirvió que le advirtiésemos que iba á cansarse, que el camino era un despeñadero, que pasaríamos un frío horrible, y que ella en Karnar no nos valía para maldita la cosa. No hubo razón que la disuadiera. Su respuesta fué invariable:

—Quiero *ver* el milagro, señoritiña.
¡Quiero *ver* el milagro!

Acostumbrado sin duda el mayordomo á la tenacidad de su suegra, me miró

y se encogió de hombros, como diciendo: «Si se empeña, no hay más que dejarla hacer lo que se le antoje». Y colocándola entre dos mozos, á fin de que la guiasen con la voz ó las manos, se puso en marcha la comitiva.

Iba yo tan mala, que, á la verdad, no puedo recordar con exactitud los altibajos del camino. Muy difícil y escabroso recuerdo que me pareció; sé que recorrimos tristes y desiertas gándaras, que subimos por montes escuetos y casi verticales, que nos emboscamos en una selva de robles, que pisamos nieve, que hasta vadeamos un río, y que, por último, encontramos un valle, relativamente ameno y hermoso, donde docena y media de casuchas se apiñaban al pie de humilde iglesia. Cuando llegamos iba anocheciendo. Mi madre había tenido la precaución de llevar provisiones, pues allí no había que pensar en mesón ni en posada; por favor rogamos al párroco que nos permitiese recogernos á la rectoral, y el cura, acostumbrado sin duda á las visitas

que le atraía la Santa, nos recibió cortesadamente, sin el menor encogimiento, ofreciéndonos dos camas buenas y limpias, y paja fresca para sustento de caballeros y lecho de hombres. A la Santa la veríamos al día siguiente por la mañana: tal fué el consejo del párroco, que añadió sonriendo: « Yo les daré cirios, señoras. La Santa es una buena mujer. Y no come; eso me consta. Ya iremos allá. Antes oirán la misa.... ¿no? Bien, bien; por oír misa y dar cebada, no se pierde jornada. Ahora reposen, que vendrán molidas». Al recogernos á nuestro dormitorio, al abrigarme mi madre y someterme las sábanas bajo el colchón, recuerdo que me dijo secreteando:

—¿Ves? Esta media onza.... para dárse-la mañana al cura por una misa. No hay otro medio de pagar el hospedaje.... Y tú comulgarás en ella, y te confesarás.... á ver si la Virgen quiere que sanes, paloma.

No sé lo que sintió mi espíritu á la idea de contarle mis pecados á aquel curilla joven, mofletudo, obsequioso y jovial: lo

cierto es que me sublevé, y dije con impensada energía:

—Yo no me confieso, mamá. Yo no me confieso. Quiero ver á la Santa; pero confesarme, no.

Notando mi madre que casi lloraba, y temiendo que me hiciese daño, me calmó, diciendo en tono conciliador:

—Calla.... Pues no, no te confesarás; me confesaré yo en lugar tuyo.... Pero mejor sería que te confesases. Porque si Dios ha de hacer algo por ti....

—No, no; confesarme no quiero.—Y al pronunciar con doble enojo estas palabras, la ciega, que, acurrucada en un rincón descansaba de la caminata fatigosa, se levantó de repente, y como iluminada por inspiración súbita, vino recta hacia mi madre, le puso en los hombros sus descarnadas y duras manos, y dijo con acento terrible:

—¡El cura, no! ¡Señora mi ama..., deje á la Santa y á Dios del cielo! ¡La Santa..., y nada más!

Indudablemente este pequeño episodio

determinó á aquella mujer entusiasta á la extraña acción que realizó apenas nos dormimos rendidas de cansancio. Debí de figurarse que la intervención del cura quitaba á la Santa todo su mérito y su virtud. Esto lo discurro yo ahora, y creo que la ciega, allá en su religiosidad rara y de persona ignorante, se sublevaba contra la idea de que hubiese intermediarios entre el alma y Dios. ¿Si no, cómo se explica su atrevimiento? Al calor de las sábanas dormía yo con un sueño completo y profundo, y no desperté de él hasta que sentí una impresión glacial, como si me azotase la cara el aire libre. Hasta me pareció que me salpicaba la lluvia, y al mismo tiempo noté que una fuerza desconocida me empujaba, llevándome muy aprisa por un camino negro como boca de lobo. Fué tan aguda la sensación y me entró tal miedo, que me agité gritando, y oí una voz cavernosa, la voz de la ciega, que me decía:

— Señoritiña, calle, que vamos junto á la Santa. Calle, que es para sanar.

Y enmudecí, sobrecogida, no sé si de terror, si de gozo. La persona que me llevaba en brazos andaba aprisa, tropezando algunas veces, otras deteniéndose, sin duda á fin de orientarse; y de pronto oí que su mano golpeaba una puerta de madera, y su voz se elevaba, diciendo con furia: «Abride». Abrieron, y divisé una habitación, ó, mejor dicho, una especie de sombría barraca, iluminada por una vela de cera en alto candelero. Yo en aquel instante nada comprendía: estaba como quien ve una aparición portentosa y no se da cuenta ni de lo que siente, ni de lo que aguarda. Tenía ante mis ojos á la Santa de Karnar.

En una cama pobre, pero muy superior á los toscos *leitos* de los aldeanos, sobre el fondo de dos almohadas de blanco lienzo, vi una cabeza, un rostro humano, que no puedo describir sino repitiendo una frase de la ciega, y diciendo que era *una imagen de carne*. El rostro, amarillento como el marfil, adherido á los huesos, inmóvil, expresaba una especie

de éxtasis; los ojos miraban hacia adentro, como miran los de las esculturas de San Bruno; los labios se estremecían débilmente, cual si la Santa rezase; las manos, cruzadas y enclavijadas, confirmaban este supuesto de perpetua oración. No se adivinaba la edad de la Santa: por la transparente diafanidad de su semblante, por la tenuidad de su piel, ni parecía niña ni vieja, sino una visión, en toda la fuerza de la palabra: una visión del mundo sobrenatural. Considérese lo que yo sentiría, y el espanto religioso con que mis ojos se clavaron en aquella criatura asombrosa, extática y como transportada ya á la gloria de los bienaventurados.

Un aldeano y una aldeana de edad madura, que velaban junto al lecho, me alargaron entonces silenciosamente un cirio que acababan de encender: lo tomé con igual silencio, y la aldeana, acercándose al lecho y persignándose, alzó la ropa, entreabrió unos paños, y mis horrorizadas pupilas contemplaron el cuerpo de la mujer que sólo se alimentaba con la Hos-

tia.... ¡He dicho cuerpo! Esqueleto debí decir. La Muerte que pintan en los cuadros místicos tiene esos mismos brazos, de huesos sólo, ese esternón en que se cuenta perfectamente el costillaje, esos muslos donde se pronuncia la caña del fémur.... Sobre la armazón de las costillas de la Santa no se elevaban las dos suaves colinas que blasonan á la mujer delatando la más dulce función del sexo, y, en lugar de la redondez del vientre, vi una depresión honda, aterradora, cubierta por una especie de película, que, á mi parecer, dejaba transparentar la luz del cirio....

Pues con todo eso, la santa de Karnar no me asustaba; al contrario: me infundía el deseo que despertan en las almas infiltradas de fe las carcomidas reliquias de los mártires: alrededor de la osamenta descarnada y negruzca, me parecía á mí que divisaba un nimbo, una luz, algo como esa atmósfera en que pintan á las Concepciones de Murillo.... No lo atribuya V. ni á romanticismo ni á cosa que se

le parezca: es una verdad, porque hoy veo lo mismo que vi entonces, y comprendo que la Santa de Karnar.... *estaba hermosa*. Lo repito, muy hermosa..., hasta infundir un deseo loco, ardentísimo, de *besarla*, de dejarse los labios pegados á su pobre cuerpo desecado, donde sólo entra la Eucaristía....

Yo me encontraba tan débil como he dicho á V. Yo me sentía desfallecer momentos antes. Yo no servía para nada. Pues de repente (no crea V. que es ilusión de la niñez....), de repente siento en mí un vigor, una fuerza, un impulso, un resorte que me alzaba del suelo; y llena de elasticidad y de júbilo, me incorporo, cruzo las manos, alzo los ojos al cielo, y voy derecha á la Santa, sobre cuya frente clavo con avidez la boca.... La de la Santa se entreabre, murmurando unas sílabas inarticuladas, que, según averigüé después, debían de significar: «Dios te salve, María». Pero, ¡bah!, yo juraré siempre que aquello era «Dios te sane, hija mía». Y me entra un arrechucho de feli-

cidad, y siento que allá dentro se arregla no sé qué descomposición de mi organismo, que la vida vuelve á mí con ímpetu, como un torrente al cual quitan el dique, y empiezo á bailar y á hacer piruetas, gritando: «¡Mamá, mamá! ¡Gracias á Dios! ¡Ya estoy sana!»

.....

Quien se puso furioso fué Lazcano, el de la coleta, cuando rebotando alegría le enteramos del suceso. «Pudo matarte esa vieja loca y fanática, hija mía. Fué una imprudencia bestial. Conforme te sentó bien, si te da por reventar, revientas. Claro, una sacudida así.... ¡Mire V. que la Santa! De esa Santa ya le han hablado al Arzobispo, y teme que sea alguna embaucadora, y va á mandar á Karnar dos médicos y dos teólogos, personas doctas y prudentes, que la observen y noten si es cierto lo de no comer.... Para mí, sin verla, ya sé lo que le duele. Esa mujer trabajaba, cocía pan en el horno; salió un día sudando, quedó baldada, y se ha ido consumiendo así.... Es caso raro, pero no mila-

groso. Si le pudiese yo hacer la autopsia, ya le encontraría en el estómago algo más que la Hostia.... Su bronita ha de haber.... Pero libreme Dios de meterme en camisa de once varas, que al Padre Feijóo le costó grandes desazones el desenmascarar dos ó tres supuestos milagros....

—Señor de Lazcano (interrumpió mi madre): ¿pero la niña, está mejor, ó no lo está?

—Lo está; ya se ve que lo está. ¡Linda pregunta! ¡Qué madamita esta! La niña ha entrado en sus trece.... y yo me quedo en los míos.



UN JESUITA NOVELISTA ¹

(EL P. LUIS COLOMA)

Del púlpito á la novela.—Influjo de Fernán en los novelistas católicos.—Cambio desfavorable bajo la Revolución.—Nuevas direcciones con la Restauración y la Regencia.—Afirmación de la personalidad del P. Coloma.—Su censura de la aristoeracia.—Su conocimiento de causa.—Orígenes de la decadencia aristocrática.—El remedio social del P. Coloma.—Condiciones literarias de su novela.

HACE algunos años, no muchos todavía, que un jesuita conocidísimo en la corte subió al púlpito de la iglesia donde predicaba con ocasión de ciertos ejercicios espirituales, seguidos asiduamente por la aristocracia femenina. Con voz de trueno y actitudes oratorias en que se descubría un celo indignado, el Padre habló de las costumbres de las señoras

¹ *Pequeñeces*, por el P. Luis Coloma, de la Compañía de Jesús: dos tomos; Bilbao, 1890.